

legible a los propietarios. Este sistema de instrucciones se aplicó con extraordinario éxito en Puerto Rico en los años de 1950 y 51 cuando se llevó a cabo una revisión total de la organización catastral en la isla, que no se había hecho desde 1917. Debe tenerse en cuenta que existen técnicas objetivas para determinar los valores de las propiedades a través del análisis de las ventas, la relación ingreso capital, el costo de reemplazo y el análisis de comparación.

(Tomado de "La Nueva Economía", N° 1. Ediciones Lerner, Bogotá, febrero 1961.)



# ARTES

## LA TRANSCULTURACION EN EL ARTE AMERICANO

Capítulo del libro que con el mismo título publicará próximamente Eugenio Barney Cabrera.

### I

El aforismo de Worringer, "dime cuánto mundo hay en ti y te diré cuánto eres artista", ofrece validez para analizar el caso del arte americano. Si se permite la transposición, generalizando el concepto podríamos afirmar: dime cuánta tradición cultural hay en tu dinámica histórica, y te diré qué peculiaridades conlleva tu manifestación artística. Es decir, de qué manera la continuidad de la cultura existe, sin rupturas y sin impactos foráneos en la estructura de un grupo humano para poder definir si ese complejo social puede o no producir autenticidades artísticas o sólo reflejos de civilizaciones ajenas.

Porque, como se sabe, el fenómeno artístico es producto de madurez y de continuidad, y no raro suceso del individual ingenio, ni singular o insólita florescencia humana. Largo añejamiento es requerido para su autenticidad, o, al menos, firmeza en la vigencia del hombre que ahonda sus raíces en particularidades históricas. Pero cuando, como en el acontecer general de América, sobre un mestizaje étnico perdura la hibridación psicológica constante, conviene definir y aclarar situaciones con el fin de concretar, si ello fuere posible, la trayectoria de sus artes y la dirección que ha seguido y debe seguir la ruta de la cultura en el Continente.

El fenómeno del mestizaje puede ocurrir, y seguramente ha ocurrido en todos los complejos sociales. Pero sólo aquellos que lograron la cristalización de una secuencia cultural, y, en particular, la estructura definida de carácter socio-económico, dentro de la sedimentación de los factores híbridos, para alcanzar características idiosincráticas propias, después de largos procesos históricos, pudieron dejar el ejemplo de su arte, o sea la impronta del sello propio, de autonomía indudable. De manera que cuando se anota la cuestión del mestizaje para el caso americano, no quiere decirse que por oposición se sugieran razonamientos que sólo aceptan la pureza étnica como concepción esencial para la madurez de las formas de cultura. No: se trata del análisis de factores de madurez en oposición a los índices de inestabilidad; hechos de secuencia contra los de ruptura; fenómenos de afinidad contra los de oposición, de aglutinamiento contra los de separación. Es la cuestión, en fin, de los predicados de inestabilidad psicológica que danzan en el estadio de la indefinición, para oponerlos a los casos de constantes históricas que conllevan la seguridad expresiva y la estructuración social.

Mientras no existan estos hechos es vano pretender que un pueblo produzca arte nacional. El carácter de lo nacional sólo se obtiene mediante la continuidad histórica. Y esa continuidad no existe cuando las hibridaciones son constantes y el mestizaje es ocurrencia psicológica notoria. En el supuesto americano, puede darse el caso de excepcionales muestras que florecen de manera aislada, surgen con alientos y promesas, y luego decaen con rapidez como sus grandes hechos sociales que aparecen interrumpidos por frecuentes y lamentables frustraciones históricas. También es dable anotar una u otra excepción nacional por razones de continuidad en la dinámica histórica y de consecuente aglutinamiento social. El ejemplo mexicano es ilustrativo en grado sumo a este respecto. La idiosincrasia azteca parece estar definida en un nacionalismo, cerrado en la tradición cultural pero abierto a nuevas fuentes de aprendizaje que en nada dañan aquel acontecer histórico o ese comportamiento psicológico. Razones de ubicación

geográfica, más que situaciones de carácter histórico, provocan en la nación mexicana fenómenos de nacionalismo aparentemente singulares en el Continente. Pero, a pesar del gran acervo prehispánico, el encadenamiento de su ser cultural, marca una fecha de ruptura: el 12 de octubre de 1492. Y esta es la misma marca cronológica que parte en dos el análisis de todo el complejo cultural de América.

En consecuencia, es apresurado pedir que ya, en el momento de ahora, y aun en aquellos aislados casos de aparente excepción, cuando pasamos todavía por el puente de las indecisiones, la sociedad americana produzca un arte ejemplar, autónomo, independiente. Y de mayor improcedencia sería exigir que el arte que acá resurja tenga como bases las de una dudosa arqueología de tipo pre-colombino. Para que el arte obtenga madurez, no sólo se requiere aquel grado de continuidad en la dinámica histórica mencionada, sino también, es menester un mayor grado de vivencia, de interpretación de la actual instantaneidad social, o, en otras palabras, de mejor conciencia del presente histórico. Es decir, que el arte no sólo debe fincar sus raíces en el proceso interrumpido de un complejo social, sino que también, y sobre todo, debe ahondarlas en la vigencia actual de ese complejo social. Cuando vive de espaldas a la realidad histórica y humana, es forzosamente arte falso, hecho de elementos endebles y de calidades ajenas. Como si se produjera por tercera mano y de encargo. Sin profundidad humana y sin verdad psicológica.

Porque ello es así, y no porque se ignoren las fuentes arqueológicas o se desprecie el folclor o la anécdota del Continente, el arte que ahora se hace en América, en términos generales, es arte pignorado, con calidades de mueble, hecho para ser devuelto y para rendirle el tributo económico a las clases dirigentes que lo compran o lo alaban. Y en la serie de compromisos por los cuales ha transitado el arte a lo largo de la historia, ninguno tan censurable como este que lo convierte en mercancía cotizable en bolsa de valores internacionales. Pero tampoco aquel otro que se inspira en ingenuas manifestaciones telúricas adquiere legitimidad, aunque se las disfrace de americanidad formal.

Con todo lo cual queremos decir que la búsqueda de lo nacional no la podemos iniciar por el camino de la tradición cultural solamente: antes que todo, debiéramos producir un arte de calidad humana, para luego intentar, si fuere el caso, uno de legitimidad nacional o de verdad telúrica. Aunque éste va surgiendo lentamente, sin propósitos expresos, en forma natural como consecuencia lógica de la circunstancia y de la lenta compactación histórica, la diferencia que intentamos relieves con las anteriores anotaciones, parece sustantiva: si se busca la autenticidad en las formas tradicionales o en

la simple e ingenua transcripción de grafías pre-colombinas, puede llegarse al costumbrismo anecdótico o a la arqueología documental, pero sin substancia creadora. Si se ahonda, empero, en la verdad del hombre y se escudriña en la dinámica histórica, al tiempo que se adquiere consciencia de la actualidad, entonces sí podría ser posible producir un arte de raigambres humanas y de sabor telúrico. Cosa que aún no ha intentado América, o que lo ha pretendido en escasas y frustradas excepciones.

No es oportuno, entonces, alegar la herencia pre-colombina para volver los ojos al arte de aquellos pueblos de antes de la conquista con el deseo de transcribirlo como propio y darle forzada vigencia de carácter nacional. Si a esas fuentes acudimos, ha de ser para escudriñar sus valores plásticos permanentes allí donde éstos ofrezcan la fertilidad de lo exótico, pero con la raíz de lo propio, o de lo auténtico por ellas mismas y en cuanto a secuencia tradicional de América. O valen como inspiración, dentro de su exuberante sentido exótico, o valen en cuanto transformadas, en paupérrimos casos, infiltrándose en el mestizaje actual. Y entonces conviene inquirir sobre su presencia de ahora, y no sobre la dudosa vivencia retroactiva de valores plásticos que se brindan con iguales veras para nosotros los americanos o para cualquier ingenio de allende el Océano que en las mismas fuentes de lo exótico intente abreviar su inspiración y enriquecer el don creador. Porque o transformamos y re-creamos aquellas poderosas formas, o las transcribimos fielmente. Si lo primero, estamos dentro del ámbito de lo exótico; si lo segundo, dentro de la órbita de la arqueología. Allá obramos con iguales títulos que otro cualquiera de los ciudadanos del mundo. Así funcionamos de prestado, con calidades falsas, sin sentido creador. Y esta facultad de crear, este don de producir cosas nuevas es la principal justificación del artista.

En cambio, las mismas fuentes pueden haberse transformado, continuado a hurtadillas humildes a través del tiempo y en medio del mestizaje. Es allí donde conviene hallarlas, intentar su análisis e interpretación, y con ellas, ahondar en el testimonio del hombre actual, del hombre americano, de quien debiera ser la esencia de la creación artística en el Continente producida. Sólo que, como es obvio, esa transformación, aquella infiltración de lo americano pre-colombino se halla ahora, por fuerza, combinado y confundido con la transformación de lo europeo, pues ambos extremos etnológicos y culturales, con su transculturación, son los causantes del complejo humano e histórico que llamamos América. Se trata, pues, de esta transculturación: de su vivencia, de su frecuente formación, de su praxis, de su estado actual. El valor psicológico de la trasculcuración en América es el guía en la



"CACIQUE"

LUIS ANGEL RENGIFO



interpretación de nuestras continuas frustraciones o la esperanza de nuestra meta cultural. Por ello conviene, antes que todo, estudiar su ocurrencia inicial.

## II

Finales del siglo XV. Primeras décadas del XVI. Es el instante de la conquista. Aún no principia el poblamiento. Es sólo la extrañeza del encuentro. Los dos mundos se ven la cara por primera vez detenidamente (1). Y de este mirarse sorprendidos y atónitos surge, también por primera vez, la fuente de lo exótico. Para ambos mundos. Parece que lo exótico estuviese marcado en el destino de América en todos sus instantes históricos: un exotismo que resulta de mayor grado para el pueblo visitante —como sigue siéndolo todavía— que para el dueño de la casa. Los europeos ven en el hombre y en la tierra de América fenómenos extraños, si acaso comparables sólo con mitologías y leyendas de antiguas civilizaciones orientales y helénicas; aunque sólo análogas en virtud de la asociación de ideas que en los europeos produce el encuentro intempestivo de este complejo humano y territorial surgido ante sus carabelas. De esta suerte encuentran amazonas cobrizas y viriles que no se amputan el seno, como las riberanas del Thermodon, para mejor disparar el dardo, pero que sí reinan poderosas a orillas de los grandes ríos o en las más hermosas aldeas de ambiente marino, solazándose y refocilándose con los varones raptados en vecinas tribus para la época del celo. Hay también animales —y no solamente de rico y brillante plumaje— que hablan e imitan a los hombres, semejándose a ellos en gestos y costumbres. Y hombres gigantes como los titanes, y, como ellos, de feroces y hórridas faces y poderosos brazos. Y hay metamorfosis constantes en los seres vivos como para tentar imaginaciones kafkaianas, y antropologías fantásticas, y ciudades blancas, y mujeres de “suaves meneos” y hermosas maneras. Y, sobre todo, hay color y brillantez abigarrada en la naturaleza que es perturbadora y ofuscante.

La imaginación europea se enciende ante tantas formas exóticas. Pero nada produce de inmediato. Ni después rinde efecto tanta riqueza de color. Porque cuando se apaciguan las luchas de conquistas y viene el poblamiento, la falsa austeridad de quien va de paso, de quien sólo mora en calidad de pasajero, mientras araña la tierra en busca de oro, en los inicios únicamente fabrica casonas e iglesias de insólita pobreza, de falso ascetismo, desnudas de adornos, paupérrimas chozas para escampar la intemperie del trópico o para rezar los pecados de todos los días. Como la fantasía áurea ofuscaba las inteligencias, y como se trataba de jayanes bravos y avaros, sanguinarios y torpes enviados por Europa a conquistar

estas tierras exóticas, entonces, de inmediato nada produjo este encuentro en beneficio de la cultura. Fue estéril la tras-culturación por este extremo, por el extremo del aporte europeo, y en los inicios mismos del encuentro.

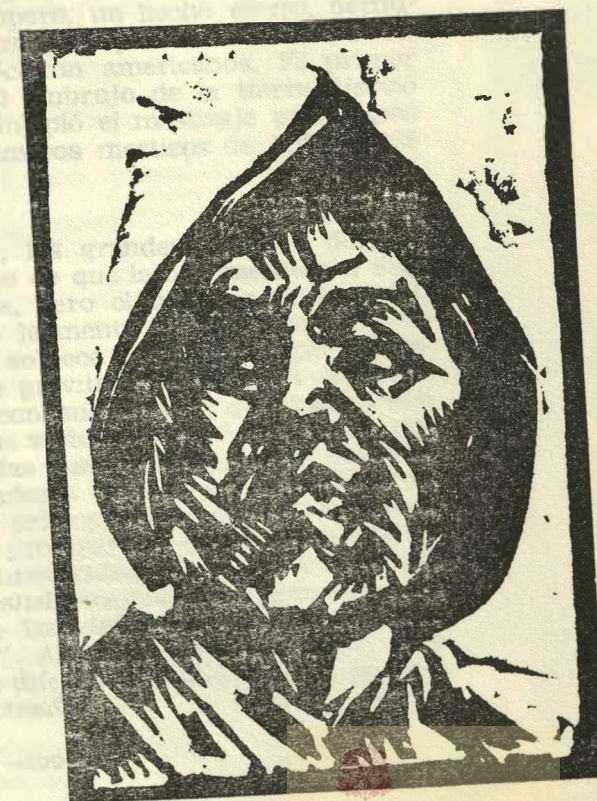
El exotismo, la ley de lo exótico, también existió con marcada vigencia para el otro extremo, para el lado aborigen; pero de manera diferente. Hombres barbudos, carabelas en el mar, dioses crucificados, sacerdotes y frailes de pardos hábitos, brutos rijosos, algo de exótico conllevaban. Pero la imaginación del hombre pre-colombino había anticipado este encuentro. En todas las leyendas, en todas las profecias de la América aborigen existía la añoranza de esos seres. Y en toda esta tradición cultural gravitaba la promesa del regreso. Fue el cumplimiento de un esperar ansioso aquella presencia de europeos en las aguas de los mares americanos. Y fue un estar allí presentado la de esos dioses caripálidos que a mandobles agostaban la tierra americana, pero que se refocilaban placenteros y varoniles con las hembras indígenas para engendrar hijos de dioses, hijos del hombre, hijos de América que volverían a poseer la tierra.

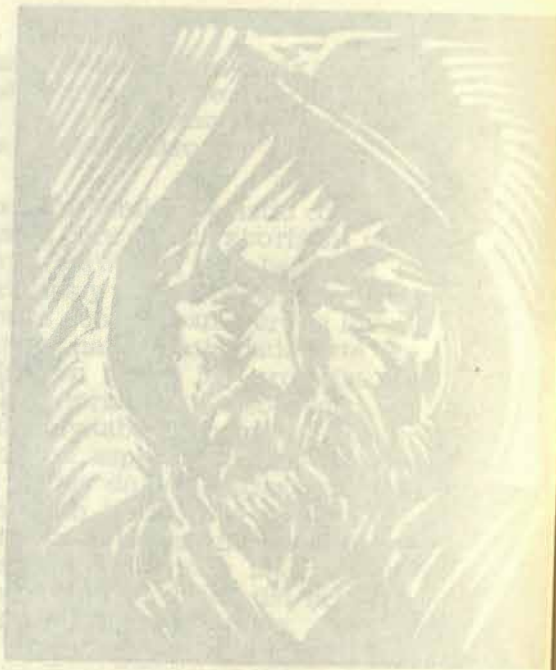
Si por el un lado América se ofrendó ante los europeos con vestiduras brillantes y suntuarias donde el color brillaba gracioso junto al oro ofuscante, y la naturaleza brindose en carnosas formas rojas, encendiendo la imaginación de suyo febril de las huestes conquistadoras, con la fauna y la flora no previstas, por el otro lado Europa se presentaba monocroma, opaca, empobrecida, pálida. Sólo el oro de los cabellos y el azul de los ojos resalta entre aquellas vestiduras monjiles, pardas y rotas, o sobresale de las oxidadas mallas de acero y los cascos hendidos de los capitanes occidentales. Los trajes son pardos o verdes quemados, o negros profundos, y los hierros escuetos, hechos para la muerte, sin adornos y sin suntuosidades. Empuñaduras de lazo, con olivas caladas, o de cazoleta, son acaso las más ricas ornamentaciones de estas herramientas letales. Arcabuces y armaduras, cristos y paños ornamentales, ninguna brillantez ofrecen para afiebrar la imaginación americana. Acaso la liturgia católica y su brillantez dramática se impusieron más tarde en la mentalidad aborigen, como lo anota Mariategui (2). Pero inicialmente los vasos sagrados fueron de bronce o de cobre, de plomo tal vez, y los paños litúrgicos pobres géneros bordados y desteñidos tiempo atrás, rotos ahora después de tanto trasegar con la cruz y la espada por estos montes americanos. El caballo sí, el rijoso bruto que para espanto de los aborígenes hacían los españoles relinchar ante las yeguas en celo, y luego aparearse con ellas para procrear estos caballejos peludos de nuestras montañas,



## CABEZAS DE CONQUISTADORES

LUIS ANGEL RENGIFO





que todavía cargan los frutos de las mezquinas parcelas poseídas por las parcialidades indígenas contemporáneamente.

De este encuentro, pues, nada surgió de inmediato para la cultura plástica. A cruz y espada, a viruela y sífilis, mandoble y horca, con arcabuces y perros y al amparo de las divisiones intestinas de los indígenas, el "puñado" de europeos acabó de un tajo con la tradición plástica aborígen. Los templos fueron derruidos y sobre ellos edificadas las capillitas cristianas. Los textiles gastados y rotos, la cerámica quebrada, las estatuas enterradas o destruidas, la leyenda olvidada, el mito condenado (3). Y el oro fundido en lingotes para enviarlo allende el océano. Y, por el otro lado, la sumisión, la entrega, el suicidio colectivo, el caerse de la memoria la tradición y los ídolos ancestrales. En los socavones de las minas o en la profundidad de la montaña, sólo el terror que causaban estos dioses de caras pálidas, quienes, a la postre, no habían resultado verdaderos. Fue medio siglo de esterilidad y de muerte, media centuria de arrasamiento y de pecado, un gran mandoble a la continuidad cultural que cortó en dos el cuerpo total de la sociedad pre-americana. Y con ese tajo poderoso, la inicial frustración de la historia continental.

A pesar de todo esto, empero, un hecho cierto, perdurable y trascendental: los europeos que vinieron para regresar, se quedaron. Y se hicieron americanos. El primer americano fue un europeo. El embrujo de la tierra ejerció su dominio y su poder. Y principió el mestizaje psicológico antes de que naciesen los primeros mestizos de india y europeo en América.

Los ídolos fueron rotos, los grandes templos destruidos, el oro fundido al extremo de que la ornamentación aborígen desapareció de los ojos, pero el impacto de lo exótico perduró para siempre en la mente de los europeos: no importa esa destrucción, no empece ese interrumpir la tradición cultural: en la mente gravitaba la fantasía de América con su color carnosos, con sus formas quebradas, con su fluidez torrencial, con sus texturas fluviales, con su placentero escozor de nigua en las manos, en la piel de los hombres nuevos. Los conquistadores fueron conquistados. Se quedaron en la vorágine, y principiaron, una centuria más tarde, algo menos acaso, a producir un mestizaje total, corrosante, sin otras raigambres culturales con el anterior pretérito, que las de esta transformación psicológica que implica el mestizaje. Nada de las viejas formas, nada de las culturas indígenas "per se". Ahora es otro concepto, otro avatar histórico, un hombre diferente. Y otra trasculturación, con otra frustración consecuente.

### III

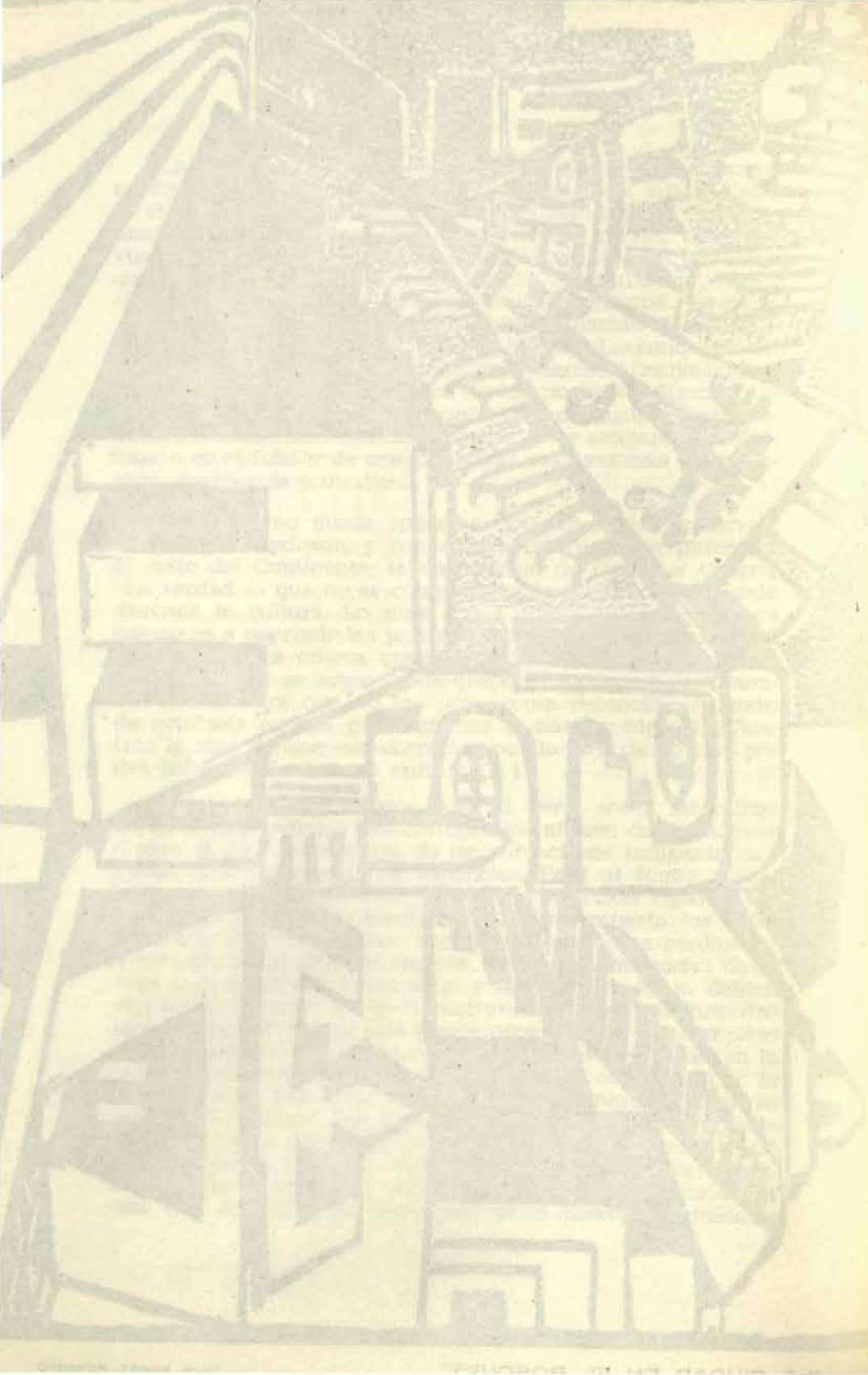
La destrucción de las culturas aborígenes, sin embargo, no fue total. Ni podría serlo. Hubo en algunos sitios, como en el ya anotado de México, fenómenos comunes de transformación en el pensamiento, concepciones nuevas, diferente viraje en la praxis cultural. Asimilación rápida de las ideas que entraron en choque, y no simple "aculturación", o sea el hecho de incorporar de una cultura elementos nuevos y asimilarlos. Diferente complejo cultural nacido del acoplamiento de dos pueblos igualmente fuertes. La conquista en este caso no fue bastante como para terminar radicalmente con la formación idiosincrática de los pueblos indígenas. La prolongó, en el mejor de los casos, en lenta agonía, hasta reducirla a constantes ocultas en "obrajes" y artesanías domésticas o en el folclor de una población cada vez más desamparada, desposeída y mestiza.

Es así como puede aplicarse, con las debidas reservas, al ejemplo mexicano, y con amplia interposición pesimista al resto del Continente, la observación de Ortega y Gasset: "La verdad es que no se comprende cómo una guerra puede destruir la cultura. Lo más a que puede aspirar el bélico suceso es a suprimir las personas que la crean o transmiten. Pero la cultura misma queda siempre intacta de la espada y el plomo. Ni se sospecha de qué otro modo pueda sucumbir una cultura que no sea por propia detención, dejando de producir nuevos pensamientos y nuevas formas. Mientras la idea de ayer sea corregida por la idea de hoy, no podrá hablarse de fracaso cultural" (4).

Ciertamente, en México y en el Perú, sobre las ruinas de los viejos templos levantáronse los altares de los nuevos dioses. Y de los cimientos de las poblaciones indígenas surgieron las urbanizaciones españolas. Pero al fondo, en el hinterland del paisaje conquistado, continuaron vigentes los complejos culturales aborígenes. Habían muerto los jefes y sucumbido los caudillos. Pero la masa anodina perduraba. Y con ella su sentido del mundo, la concepción masiva de la raza y de la tierra. Concepción y sentido que luego debían encontrar el cauce de la transculturación para transformarse lentamente. Advino de esta suerte otra cultura. Un complejo social diferente, pero con hondas y permanentes raíces en la entraña del pasado. "La idea de ayer fue corregida por la idea de hoy". Sino que esta idea de hoy, mestiza, como es natural, o "ladina", como ha sido calificada por Monteforte Toledo y otros sociólogos de Meso-América (5), produce un arte "a niveles variados de contradicción", como consecuencia del fenómeno de la aculturación, o de latinización inicial (6). Arte que, en ocasiones, en el inestable sucederse



"LA CIUDAD EN EL BOSQUE"



histórico, hunde su ser en la carne de América como entidad autóctona de valores peculiares. Y, entonces, adquiere presencia propia, no por los valores exóticos, ni simplemente por las constantes mestizas, sino por la continuidad en la dinámica histórica.

“La idea de hoy” por fuerza correspondía a la nueva situación socio-económica. Diferente estructura de la sociedad, distintas fuerzas económicas, impulsos novedosos movían el complejo social. Ingenuo sería, por lo tanto, pretender que a partir de la conquista continuase imperando el mismo fenómeno cultural. Como de mayor simpleza es proponer en la hora de ahora el regreso a manifestaciones formales, o a predicados estilísticos que cumplieron su cometido en épocas declinadas, como productos consecuentes de estructuraciones sociales ya fenecidas. Por ello afirma con razón Hauser que “una revolución debe modificar la sociedad antes de que pueda modificar el arte, aunque el arte mismo sea un instrumento de esta modificación y esté con el proceso social en una complicada relación de acción y reacción recíprocas” (7).

A nueva situación, nuevas formas de cultura. Y la nueva situación era impuesta por el encuentro de dos civilizaciones exóticas entre sí, subyugada la una, vencedora la otra, pero en ningún caso con trasplantes esencialmente iguales a las vivencias europeas, por cuanto la relación del hombre occidental con el mundo americano trajo un diferente acontecer y un diferente comportamiento social, económico e intelectual. Por ello, al analizar el fenómeno de la transculturación en América —fenómeno en transición constante hasta nuestros días— debemos tener en cuenta, como el mismo autor antes citado lo recuerda en el examen sociológico del arte, que el desarrollo histórico “representa un proceso dialéctico en el que todo factor se halla en estado de movimiento y sujeto a un constante cambio de significación, en el que no hay nada estático, nada que tenga valor intemporal, pero tampoco nada unilateralmente activo, sino que la totalidad de los factores, materiales y espirituales, económicos o ideales, están ligados con una indisoluble interdependencia, y de que nosotros no podemos ni en lo más mínimo, retroceder en el tiempo a ningún punto en el que la situación históricamente definible no haya sido el resultado de esta acción recíproca” (8).

La nueva situación, a partir del 12 de octubre de 1492, es la de la transculturación exacta y total. Ambos pueblos en el ayuntamiento inicial recibieron y dieron. Se entregaron en abrazo cruento pero fructífero. Fue el abrazo de la Malinche para que nacieran los nuevos poseedores de la tierra. Los españoles llegaron a Anáhuac como al Incairo en el pre-

ciso momento en que debían cumplirse las profecías. Fue un advenimiento, no la ofuscación de la sorpresa. De suerte que la reacción ante los grandes templos flotantes adquiere el carácter religioso, de veneración y de continuidad. Parece que las grandes culturas precolombinas (mayas, aztecas, incaicas, quechuas) tenían concepto claro del futuro. Vivían en constante evolución hacia él con basamentos en un pasado no cronológico, sino ahistórico, como el de los helenos. Así el pasado era predicamento religioso, con reglas, sistemas e interpretaciones que servían para regular el presente como puente hacia el futuro. De esta manera se comprende cómo el advenimiento de los europeos forma una especie de pre-concepto. Las conciencias estaban preparadas para recibirlos, acatarlos y asimilarlos. Y para entregarse. De paso, esta es una de las más poderosas causas que explican la derrota de los aborígenes por un “puñado” de barbudos extranjeros.

“Cumpliase el plazo en este Inca —Huavna Cápac—, dice Garcilaso, en que debían cumplirse las profecías”. “Asimismo, agrega, es de saber que... acaeció en el Cuzco un portentoso y mal agüero, que escandalizó mucho”... (9). El águila real —anca—, perseguida por los cernícalos —huamán—, cae sobre el Cuzco enferma y muere al poco tiempo. Terremotos y temblores ocurren con igual oportunidad en diferentes lugares anunciando el regreso de los dioses, según comentario del mismo Inca Garcilaso. Y Sarmiento confirma el mismo hecho: “Estaba —dice— Atagualpa en Guamachuco haciendo grandes fiestas... (cuando) vinieron a él dos indios... enviados por los curacas de Pavta y Tumbez, a avisar cómo allí habían llegado por la mar, aquellos Uaman cocha, una gente de diferente traje que el suyo, con barbas...; y que el mayor dellos creían era Viracocha, que quiere decir su dios de ellos; y que traía consigo muchos viracochas, como quien dice muchos dioses”. “Así que sabido esto por Atagualpa, holgóse mucho y creyó ser el Viracocha que venía, como les había prometido, cuando se fue... y dio gracias al viracocha porque venía en su tiempo” (10).

Llegar en “su tiempo” era el advenimiento, la presencia cuando las mentes y las conciencias estaban alertas al nuevo mensaje. La “aculturación” sería obvia y lógica. Pero aconteció que esas divinidades llegaron sin “mensaje”. O el mensaje que trajeron fue el de la guerra, y más tarde el de la cruz. Mensaje de crueldad y de pobreza. Por donde fue necesario que el tiempo transcurriese largo antes de que la “aculturación” se transformase en “trasculturación”, y adviniere, por lo tanto, el florecimiento cultural. O la continuidad, transformada ahora sí, de la cultura.

El mismo fenómeno anotado por Sarmiento y por Garcilaso, ocurre en México. Fernando de Alva Ixtlilxochintli recuerda: “Que en los tiempos venideros, en un año que se llamaría Ceacatl (precisamente el que transcurría cuando el reinado de Moctezuma y cuando la conquista cortesiana) Coatzacoalco volvería y entonces su doctrina sería recibida, y sus hijos serían señores y poseerían la tierra”, no sin advertir que “ellos y sus descendientes pasarán muchas calamidades y persecuciones” (11). Este dios del viento o HueMAC era “hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbudo, su vestido era una túnica larga”, como lo describen varios cronistas y códices indios. Y el historiador Orozco y Berra, confirmado por el padre Mariano Cuevas, dice: “Era Quetzalcoatl hombre blanco y crecido de cuerpo, ancha la frente, los ojos grandes, los cabellos largos y negros, la barba grande y redonda” (12). La identificación era exacta. Así en el Anáhuac como en el Incairo, o entre civilizaciones de menor desarrollo, como los Chibchas, cuyo Bochica guardaba la misma semejanza.

Descartada la posibilidad de que la reseña hubiese sido, como parece, efectos de mestizaje psicológico, de latinización inicial, la verdad registrada en la tradición aborigen demuestra que la misma leyenda de dioses venidos del oriente, y cuyo regreso estaba prometido, se halla repetida con precisión significativa a lo largo del Continente. En México era el nombrado Quetzalcoatl; en el Cuzco, Viracocha; Sumé fue el mismo dios de los Tamoyoes; Nacxit, de los Quichés; Kukulcan, el civilizador maya de origen mexicano, y entre los Catíos, según don Joan de Castellanos

... a Dios llamaban Abira,  
que representa sumamente bueno;  
al español por nombre dan Aira,  
que quiere decir hijo de su seno: (13)

Por manera que la entrega se hizo por mandato de la fe. Así el viejo Nezagualpilli, pariente de Moctezuma, dicele al emperador: “Si es ya así la voluntad de nuestros dioses que esto se acabe, ¿qué puedo hacer yo?”. Fatalismo que explica, una vez más, el fenómeno de la entrega, de la ruptura total en las grandes civilizaciones americanas. Y, por ende, el posterior de la trasculturación, o presencia de una nueva idea cultural, en reemplazo de las dos que aportaron sus trasplantes humanos y sociales. Las razas aborígenes recibieron al europeo, y lo asimilaron. Y, a su turno, éste, que venía para regresar, quedóse como Gonzalo Guerrero, que horadó sus orejas en las costas mexicanas, o Camarú, el “gimnoto”, que en Brasil amó a la tierra nueva en los brazos de la heroica Moema. Pero este era un nuevo acontecer social.

La idea de ayer había sido corregida por la idea de hoy. ¿Hubo continuidad en la transformación y no ruptura? La dinámica histórica demuestra el segundo término. El fenómeno de inmediato fue estéril. La encarnizada lucha adquirió características de guerra fratricida entre las tribus americanas, profundizada con la conquista de extranjeros, continuada con el sometimiento pasivo y el servilismo en las minas. Los conquistadores estaban muy atareados en buscar oro para ponerse a edificar o a producir cultura. Sin embargo, en este contacto de amo y siervo, poco a poco fuese incubando la relación intelectual y sentimental, gracias, sobre todo, al ríjoso sentido de unión de los sexos que impera entre los españoles. Sin prejuicios de raza, fue fácil que el español se uniese con las doncellas indígenas. La tras-culturación de esta suerte encontró un camino de mayor afectividad, de mejor rapidez. Se hizo por intermedio de la mujer, como segunda etapa, superada ya la primera que había sido propiciada por la religión telúrica. "Como las mujeres son frecuentemente las que practican el cultivo del suelo, tejen y fabrican cerámica, está claro que... habrán seguido... sus labores propias e introducido así en el grupo de su nueva residencia elementos culturales que originariamente le eran extraños", como lo observa Canals Frau (14). Vehículo cordial de transmisión cultural, la mujer recibe y da. Entrega el conocimiento de la raza a que pertenece, su sentido plástico, su visión del color, el trazado de la línea en ornamentos de cestería y textiles. Y recibe los oros y la plata, la aureola y la emoción, la fe que conllevan las creencias religiosas de Europa. Expresionismo emotivo, barroquismo sensual, tropical enredarse de las líneas, carnosas texturas vegetales, diversidad en la expresión y heterogeneidad en el concepto, monumentalidad coruscante y fluviales colores que chorrean sobre las cosas, he aquí el resultado posterior de esta continuidad cultural de América. O sea el carácter de una nueva forma de cultura, esa que principia a tomar cuerpo y entidad a partir del 12 de octubre colombino. Y no sólo el repetir, ni precisamente el insistir en los mismos dictados de un arte y de unas formas pre-hispánicas que ya carecen de razón porque no están fincadas en la carnadura de un pueblo y de una estructura social absolutamente nuevos. De un pueblo, y de una entidad socio-económica que son legítimos hijos de la tras-culturación.

El producto positivo de esta tras-culturación no era posible que surgiese de inmediato. Fue menester el crecimiento de las primeras generaciones de mestizos americanos para que principiase a tomar forma. Cuando la mujer aborigen hubiese dado y recibido plenamente, y asimilado, por ende, en su propio cuerpo el aporte de las dos culturas. Ella se entregó por amor a su tierra, convencida de que se ofrendaba

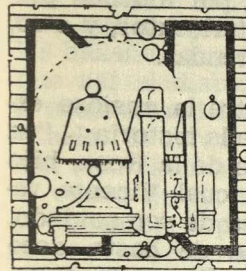
a los dioses, y no por prostitución o lascivia. Sino para que naciesen hijos de América que poseyesen la tierra y unificasen la raza. Esas mujeres que brindaron la doncellez en adoración a sus divinidades o teules, y por creer en el resurgimiento de la estirpe, las mujeres que llevaron "sus nombres de pila, y todas con dones", las doña Marina de Guazacoalco, doña Luisa de Xcotencatl; doña Elvira de Mexixcatzin, la fea doña Catalina de Cempoal. Higeymota, la hija de Anacaona, doña Marina de Niagua Suchil, la hermosa Paraguassu, la enamorada y heroica Moema, amante de Caramarú, la princesa Pacahontas, lejana ascendiente de los aristócratas estadounidenses; la ñusta Isabel Cimpu Colle, madre de Gómez Suárez de Figueroa, y las doncellas de Cipagua, y las hermosas de Cempoal, y las vírgenes Muyscas, las Zorotamas y las Zulias, las hijas del Itaca, y las nacidas en el Rêloncoví, y las alegres y sensuales danzarinas del Zaraguá, todas las mujeres de la tierra americana que brindaron sus carnes en el altar de su estirpe, lo hicieron para que se cumpliese la promesa de los teules tutelares: para que la raza poseyese la tierra tradicional.

"Y serán señores que poseerán la tierra", rezaba la profecía de los hijos de aquellas mujeres. Pero sólo la poseyeron a hurtadillas durante siglos. Dejando en los altares del Cuzco y de Quito, de Tunja, de Popayán, de México, de Guatemala, un bordado tropical de flores y de lianas, de frutas y de coruscantes líneas y sensuales volúmenes por donde surgen los angelotes y las cruces en fantástico mundo vegetal y antro-po-zoomorfo. No fue vana la entrega. Pero sí tardios los frutos de ese maridaje de razas que cortó de un tajo ambas tradiciones, para ofrendarle al mundo diferente acontecer cultural: el concupiscente, ofuscante, variado, contradictorio, simiesco e indeciso universo de las formas barrocas americanas.

\* \* \*

- 1.—Los presuntos anteriores encuentros o descubrimientos de América no dejaron huella, o fueron asimilados rápidamente por el panteón aborigen y por la lingüística. Así el caso de Leif Ericson, y sus vikingos, posibles antecesores de los dioses tradicionales del Continente o el de los árabes, según reciente hipótesis o el de los negros africanos que habrían emigrado a América, según investigaciones del profesor Leo Winer de la Universidad de Harvard, dejando en las prácticas religiosas y en las palabras de los indios antillanos el recuerdo de su visita. Procedentes de Guinea, y antes de Colón serían la costumbre de fumar, los vocablos "canoá", "ñame", y otras designaciones después ladinizadas. (Comentarios pertinentes en "Las culturas Negras en el Nuevo Mundo", de Arthur Ramos. Edición Fondo de Cultura, Mex.).
2. José Carlos Mariategui: "El artista y la Epoca". Edic. Popular, Perú).

- 3.—El padre Fray Francisco Ximenes, traductor del Popol Vuh, anota cómo los indios ocultaban los libros en que consignaban las noticias de la antigüedad, y el mismo autor de aquel códice afirma que "existía el libro original, escrito antiguamente; pero su vista está oculta al investigador y al pensador". Este ocultamiento o aquel olvido se deben a la persecución constante que de las tradiciones indígenas hacía la autoridad civil y eclesiástica por considerarlas "muy perjudiciales" a la fe cristiana. (Ver notas de Adrian Recimos, Popol Vuh, Biblioteca Americana).
- 4.—José Ortega y Gasset: "Prólogo a la Decadencia de Occidente" de O. Spengler. (Edic. Revista de Occidente). Edit. Universidad Nacional Autónoma, México.
6. Gonzalo Aguirre Beltrán "El proceso de Aculturación". Edit. Universidad Nacional Autónoma, México.
- 7.—Arnold Hauser: "Historia social de la Literatura y el Arte", tomo II. Edit. Guadarrama, Madrid.
8. Arnold Hauser: "Historia social de la Literatura y el Arte", tomo II. Edit. Guadarrama, Madrid.
9. Garsilaso Inca de la Vega: "Comentarios Reales". Edit. Amanta Ercilla.
10. Pedro Sarmiento de Gamboa: "Historia de los Incas". Edit. Emecé.
11. Ixtlilxochitl (Fernando de Alva): "Obras Históricas". Edit. de Recinos.
12. Mariano Cuevas: "Historia Primitiva de México". Edit. Fuente Cultural, México.
13. Juan de Castellanos: "Historia de la Gobernación de Antioquia y el Chocó". Edit. Biblioteca Popular de Cultura.
14. Salvador Canals Frau: "Prehistoria de América". Edit. Suramericana.



## NOVEDADES BIBLIOGRÁFICAS

Tipos delincuentes del "Quijote"

Por Ignacio Rodríguez Guerrero

### VICENTE DE LA ROSA, EL PERILLAN

Sesteaban en ameno valle Don Quijote y Sancho, el Cura, el Canónigo y maese Nicolás, después de haber sacado al aventurero de la jaula en donde iba encantado, camino de su aldea, y hallábanse en lo mejor de las discretas pláticas sobre libros de caballerías el prebendado y el Ingenioso Hidalgo, cuando oyeron un recio estruendo y un son de esquila, y al mismo tiempo vieron salir de la espesura una hermosa cabra y tras ella un cabrero, dándole voces para que se recogiese. Requerido el pastor por el canónigo a que se sosegara y permaneciera en su compañía, lo aceptó de buen grado, no sin tratar de explicar las palabras que había dirigido a la cabra, como si se tratara de una persona humana, y lo hizo en la narración de que habla el capítulo LI de la primera parte de la novela, según la cual, a tres leguas del valle donde se encontraban había un labrador tan rico como honrado, padre de una hija de